



CAPÍTULO III.

SU AGONÍA Y MUERTE PRECIOSA.

- I. Apercibimiento.—Presiente la cercanía del combate.—Carácter de la enfermedad.—Quedan á velarle.—Letanía de los Beatos.—Canto final.
- II. Agonía.—Denuedo y descanso.—Pierde el habla.—Recomendación del alma.—Recobra la palabra.—Segunda pelea.—Victoria y serenidad.
- III. Qué sería la causa de la turbación.—Letanía de la Virgen.—Recógese como para dormir.—Vuela á la patria del descanso.

I

EON ocasión de tantas visitas receló el Padre espiritual que le asaltasen pensamientos de presunción y vanagloria, y se lo preguntó. *No, Padre*, respondió; *cuando mucho me vienen pensamientos inútiles*¹. A mayor abundamiento, y con el fin de pertrecharle contra las tentaciones, dióle el Padre avisos oportunos, caso que le molestase la vanidad. Presentóse de allí á poco el P. Rector con igual prevención. *Hermano Juan*, dijo, *contra dos suertes de tentaciones ha de estar apercibido: contra la fe y contra la humildad: conviene armarse bien.*—Padre, contestó, *por el lado de la fe me parece que lo estoy; contra*

¹ Proc. rom., pág. 229.

la vanagloria acaba el P. Massucci de decirme cosas muy á propósito para cuando llegue el caso.

El P. Alápide, que le hizo compañía al anoche- cer, refiere que al sugerirle afectos santos, y di- ciéndole: *Jesús mio, mi amor y todas las cosas,* se le ponía el rostro resplandeciente de gozo, y repetía alborozado: *Jesús es el imán de mi cora- zón, el Dios de mi alma y mi herencia eterna- mente.* El fuego de la caridad parecía despertar en su pecho cada vez más viva llama. Pero no eran la debilidad y el fervor parte para hacerle olvidar el recato de la modestia; por eso á los que le asis- tían avisaba no le consintieran acción ni movimien- to, por involuntario que fuese, adverso ó menos ajustado á la severidad de la decencia ¹.

A las Ave Marías cuando bajaron á cenar, rogó al P. Gaudt le velase aquella noche como la ante- rior, y preguntado la causa, respondió en latín: *Quia hac nocte agitur de summa rei: esta noche se ha de decidir la causa.* Más claramente á otros repetía: *Erit mihi hac nocte luctandum: esta noche habré de pelear.* Al P. Piccolomini y al en- fermero Ballerati les dió señas claras de que aque- lla noche tendrían que combatir: *Pater, in hac nocte luctabor* ².

Después de cenar, el Hermano Van Aelst logró la fortuna de verle otra vez. Entre otras cosas su santo compatricio le encomendó procurase que todos los carísimos se hallaran presentes allí el día próximo. *¿Al fin se nos va V. mañana?* pre- guntó Van Aelst. *Si, mañana,* respondió Juan. Hizo señas el P. Van Doorne al Hermano Guillermo que le preguntase á qué hora. Él respondió: *mi*

1 Proc. rom., pág. 484.

2 Proc. rom., páginas 501-575.

muerte será mañana por la mañana, cuando toquen á clase ó poco después ¹.

El dictamen que había formado el Dr. Filandro de esta enfermedad provenía en parte de la igno- rancia del mal. *Este se muere por obra de Dios (moritur divinitus),* había dicho, declarando más bien que su impericia no había penetrado la natu- raleza de la dolencia. Un catarro intestinal agudo adinámico, como de los síntomas podía colegirse, era muy natural que en el espacio de una semana le acabase la vida por sus pasos contados, si no se le combatía con acierto. No fué, pues, milagrosa ni misteriosa la muerte del Hermano Berchmans: el misterio estuvo en el poco acierto del facultativo. Pero si no fué sobrehumana su muerte, fué sobre- natural la alegría, la imperturbable paz, la valen- tía de espíritu, la presencia de ánimo que el Se- ñor le comunicó, sosteniendo su flaqueza corporal y acrecentándole las fuerzas para más merecer y edificar.

Corrían las horas aquella noche con más velo- cidad de la que pedía el deseo de los jóvenes del Colegio. Con el presentimiento de la muerte cer- cana llenaron los tránsitos que desembocaban en la enfermería, recelosos de perderle sin el con- suelo de verle morir. Medían el peligro con su tem- or, y tenía éste por medida la vehemencia del amor. El P. Rector que acertó á pasar por allí á las nueve menos cuarto, los consoló, notificándoles cómo el moribundo había aseverado en términos expresos que no moriría hasta la mañana siguien- te; y pues Nuestro Señor parecía haberle hecho árbitro del tiempo, más les valía á ellos aprovechar el presente yéndose á acostar, persuadidos á que

1 Proc. rom. pág. 480.

si alguna novedad ocurriese, serían al punto llamados. Con esta seguridad retiráronse á sus respectivos dormitorios más sosegados que satisfechos, por el gusto que hubieran tenido en velarle y oírle. El P. Piccolomini, que no se pagó de vagas promesas, quiso asegurarse del santo enfermo y le dijo: *Supongo, Hermano Juan, que no morirá sin que yo vuelva.—Váyase, Padre,* respondió; *duerma descansado, aquí le espero hasta mañana* ¹.

Quedaron á hacerle vela los tres Padres flamencos Van Doorne, Gaudt y Alegambe, y el hermano Luis Espínola con especial licencia; los demás se recogieron á sus alcobas, animados con la esperanza cierta de ver cumplida su palabra. Entróle el enfermero una taza de caldo: tomó un sorbo, y dijo: *Hermano, basta y gracias: no es tiempo ahora de tomar, sino de orar* ².

Sobre las diez quiso le dijese la recomendación del alma: en las letanías á las invocaciones de los beatos Ignacio, Javier, Luis y Estanislao, pidió por gracia le añadieran los nombres del P. Francisco de Borja, del hermano Alonso Rodríguez y del P. Anchieta ³. Rezadas estas oraciones, como no pudiese reposar ni sufrir la fuerza de la alegría, ocupado de un inmenso gozo entonó con voz meliflua y sonora el *Ave maris stella*, pasando en seguida á la estrofa *Monstra te esse matrem*, etc. ⁴. Temió el enfermero la fatiga del canto, y le aconsejó descansase: *No me canso,* respondió; *mostrar pecho es menester ahora más que nunca* ⁵. Con la respuesta dió á enten-

1 Proc. rom., pág. 574.

2 Proc. rom., pág. 510.

3 Proc. rom., pág. 575.

4 Proc. rom., pág. 499.

5 Proc. rom., páginas 501-520.

der que sentía llegado el momento del combate. El P. Alegambe, que lo barruntó, le dijo: ahora es tiempo de avivar más el amor á Jesús y á María, y pues mi Hermano los amó en vida, ellos le amarán en el trance de la muerte. A lo cual respondió con amor y humildad: *Si, me esforcé en amarlos en vida, y ellos me amarán en el trance de mi muerte.* Y añadiendo el Padre: *y el hermano Juan amará á la Madre y al Hijo por toda la eternidad.* *Si,* dijo, *en eso fundo mi esperanza.* Prosiguió entonces el Padre: *Hermano Juan, si mil corazones tuviera, ¿no es verdad que con todos ellos amaría á la Santísima Virgen? Y él contestó: ¡Ay! sí; ¡ay! si mil corazones tuviera, con mil corazones la amaría.*

II

odos estos sentimientos y protestas eran incentivos que atizaban el calor para la agonía cercana. Tomemos la relación de la pluma de testigos presenciales. Estaba dando la una cuando le dejó solo el P. Gaudt, y se retiró un rato á un aposento vecino. Súbitamente oye gritos desaforados que le sobresaltaron y erizaron los cabellos: el metal de la voz le decía ser la de Berchmans, aunque lo desentonado de los clamores era cosa peregrina. Como no paraban las voces, corre precipitadamente, y halla al pobre enfermo sentado en la cama, los ojos clavados en el techo, el semblante demudado, perdido el color, los labios rehilando, sacudiendo los brazos con violencia, y

con acento que partía el alma, clamaba: *No; yo no haré tal... ofenderos yo, Señor... ¡Oh Marial, ¿ofender yo á vuestro Hijo...? ¿En qué ley cabe...? No tal: no lo haré; morir mil veces antes que ofenderos, diez mil veces, cien mil, miles de muertes, miles, miles...* ¹.

Al ruido de las voces se agolparon dentro los Padres que descansaban por aquellas alcobas, y al ver al enfermo azorado y trasudando de congoja, el rostro descompuesto, con extrañas contorsiones, y blandiendo violentamente las manos, cual si se viera acosado de enjambres de enemigos, se hincaron de rodillas, puestos unos en oración, otros rociando la cama con agua bendita, otros animándole con palabras de consuelo. Poco á poco fué aleando el fatigado moribundo, y su semblante recobró algún tanto la primera serenidad. Vuelto en sí, como si la luz del cielo le diese á conocer que no llega la vejación moral á más de lo que Dios permite, y que nada puede sobre los que de Dios se fian, revolviendo contra el astuto adversario con brío y acento vigoroso: *Anda, vete de ahí, ruin tentador; no te temo* ². Y haciendo lo que decía, empuñó el crucifijo, asió del rosario, tomó las reglas, apretó el relicario, y como enseñando al invisible enemigo este glorioso manojo, repetía con gran vehemencia: *Estas son mis armas, estas son mis armas*.

Entró de repente en un dulce paroxismo en que se le representaron iluminadas con hermosa claridad las prendas que en las manos tenía, y cuando la fuerza del delirio dióle espacio para volver algo en sí, dijo: *Dios mio, ¿dónde estoy? ¿qué me pasa?*

¹ Proc. rom., pág. 502.

² *Vade Satana, non timeo te*. Proc. rom., pág. 576.

Tomando luego las reglas íbalas hojeando rápidamente, hasta que encontró la fórmula de los votos: la pronunció en alta voz pausadamente, y llegando á la mitad pasó de largo, con singular discreción, aquella cláusula *promitto eandem societatem me ingresurum ut vitam in ea perpetuo degam*, pues carecía de sentido para quien se veía en vísperas de incorporarse en la triunfante Compañía de los bienaventurados ¹.

Entendió el P. Gravita que el período de su mayor excitación nerviosa había cesado, y entonó la letanía de la Virgen, según solía en las plazas de Roma cuando iba á enseñar la doctrina en compañía de Berchmans. Este, que más de una vez había con la cruz abierto la procesión, cuando volvía al Colegio, al oír aquel cantar sintióse grandemente regocijado, y respondiendo al mismo tono levantaba el crucifijo, dándole vuelta como si le ofreciera á la veneración de los presentes. Al *Agnus Dei*, paró, hincó los ojos en el santo Cristo y repitió veinte ó treinta veces cada vez con más fervor: *perdonadme, Señor; perdonadme, Señor* ².

Eran casi las dos. Tentóle el pulso el enfermero, y le halló muy al cabo. Pasó aviso al P. Rector, quien á su vez, recelando algún accidente, mandó despertar á los que habían pedido aquél favor, si bien fué excusada diligencia por lo muy desvelados que los traía el pensamiento de su muerte. El P. Ceparí le avivó el fervor con actos de fe, esperanza, caridad y paciencia; y él tierna y devotamente los repetía con voz apagada. Quiso el Padre reconciliarle por última vez y se quedó á solas con él: después vino el Padre espiritual, y dió lugar á que los Padres enterasen al P. Rector

¹ Proc. rom., páginas 576-502.

² Proc. rom., páginas 503-492.

del violento y amargo combate que en su parte moral había sufrido. Otra vez se le acercó á la cama para informarse sobre lo ocurrido, pero le halló ya sin habla. Hizo entrar á los Padres y que al rededor del moribundo se pusiesen á rezar algunas oraciones. Él estaba tendido con las rodillas levantadas para más fácilmente apoyar las manos, y de ellas no había un punto soltado sus armas, Cristo, reglas y rosario. Carecía de toda acción, si no es en los ojos, puestos fijamente en sus dulcísimos amores.

En esta postura permaneció cuatro horas continuas casi perdido el uso de los sentidos. Mientras tanto los Padres en torno suyo, llamaban á las puertas de la divina clemencia con fervorosas plegarias; y ora le insinuaban saetillas afectuosas, y él daba por respuesta pasear la vista del Cristo al rosario, del rosario á las reglas; ora le echaban agua bendita, y él correspondía fijando la pupila ya en la derecha del crucifijo, ya en la izquierda, en los pies, en el costado. Una vez hizo ademán de querer besar el crucifijo, pero ya no se pudo valer. No dió en todo este largo espacio señal alguna de turbación, sino muchas de estar en la cuenta de lo que hacía. *Parecía*, dice el P. Savignano, *sonreír de vez en cuando y avivarse alegremente su rostro angelical*¹. Aquellas vislumbres de semblante sobrehumano indicaban que bebía gozoso del río de las celestes delicias.

Viéndole en este trance los Padres más muerto que vivo, se preguntaban unos á otros, no sin congoja, si tal vez espiraría sin cumplirles la promesa que la noche antes les había hecho. Traíalos sobresaltados y llenos de confusión este infunda-

¹ Proc. rom., páginas 492-434-578.

do recelo, cuando al dar de las cinco observó el P. Piccolomini que meneaba los labios. Se acerca y le dice: *Hermano Juan, ¿se le ofrece algo?* Mucho esfuerzo tuvo que hacer, pero al fin pudo articular esta voz: *Quisiera poder hablar.*—*Si no puede con la boca*, añadió el Padre, *al menos con el corazón, repita el Santísimo Nombre de Jesús.* Hizo un segundo esfuerzo mayor que el primero, hasta que por fin rompió con la dificultad y pronunció más claramente: *Jesús, Jesús, Jesús;* y como si este dulcísimo nombre se convirtiera en panal de miel en su boca, se le destrabó la lengua, y recobró el uso fácil y expedito que antes tenía. Con el habla recobrada brillaron en los ojos de todos luces de verdadera alegría, subió de grado la estima de su virtud, y se enardeció en los ánimos la confianza en su valimiento. ¡Quién no reconociera aquí, que en los varios pasos de esta corta enfermedad andaba la mano de la dulcísima Madre de los angustiados, al propio tiempo que se iban desarrollando los naturales síntomas de su apacible agonía!

El P. Rector no se había apartado un punto de la cabecera, y al ver cuán gallardamente le acreditaban sus palabras, como si le creyera señor de las horas, le dijo: *Hermano Juan, tengo de ir á celebrar: cuidado que no se me muera hasta la vuelta.*—*Muy bien, Padre*, respondió con humildad. No había empezado el Padre la Misa, cuando el moribundo tornó á quejarse como antes diciendo: *El P. Rector me hace la guerra*¹. Callaron los que esto oyeron, y procuraban prevenirle y ayudarle con afectos y actos de fe, esperanza y caridad.

¹ Proc. rom., pág. 521.

En esto dió principio la segunda pelea: en un instante vióse turbado el mar de su tranquilidad. Se le dibujaron como antes en el semblante las sombras terribles del espanto y turbación: lleno de temor y sobresalto se incorporaba, echaba espumarajos por la boca, se contorcía, blandía los brazos en ademán de llamar á alguno, y á voces descompasadas repetía: *Eso no lo hice voluntariamente; no tuve parte ninguna; vamos á casa, volvamos al Colegio* ¹... Discurrió el P. Piccolomini que no podría ser sino tentación de Satanás, y con el fin de prevenirle contra el asalto, le dijo: *Hermano Juan, óigame á mí: vaya repitiendo lo que yo diga: Creo en Vos, Dios mio; espero en Vos, á Vos amo sobre todas las cosas.*

Iba sí el turbado mancebo diciendo con la boca, pero el pensamiento le tenía en otra parte; y porque el combate arreciaba con más furia, él, puesto en grande agonía y acosado de mortal congoja moviendo las manos voceaba con mucha prisa y decía: *Eso no, eso no, no fué por mi voluntad; vamos á casa, volvamos al Colegio.* El Padre juzgó sería conjurar la tormenta si lograba desviarla, y dejando á un lado la blandura para dar á su voz la autoridad que pedía aquel apuro, le dijo en tono grave y severo: *Hermano Juan, hasta hoy siempre me ha obedecido: no se diga en adelante que no supo obedecer. Oigame, pues, y esté todo en lo que yo digo: no pronuncie más que lo que me oiga á mí.* ¡Prodigios de la obediencia! exclama el P. Cepari. Oír este mandato de su maestro, y abrir los ojos, y volver en sí totalmente, y componerse todo su cuerpo, y sosegar al punto, fué una sola y misma cosa. Deshicieronse

¹ Proc. rom., páginas 493-503-578.

en un momento aquellas zozobras y terrores, acudió á esclarecer su rostro la apacible serenidad, y la tranquila devoción le salió por la boca, repitiendo afectuosamente las invocaciones que le sugerían ¹.

III

No pudieron saber á punto fijo los Padres qué significación tenía esta congojosa batalla. De las últimas palabras proferidas por el agonizante, *veniamus domum*, bien podemos inferir que en el trance de la agonía se le ofrecieron entre otras representaciones reminiscencias de aquel suceso, apuntado más arriba, y se le fijó en la fantasía, ó el demonio le echó en cara, la parte que el propio Juan había tenido en deshacer la trama de aquel estudiante, tentado de pusilanimidad contra su vocación. No tenía el mal espíritu en aquel último trance otra cosa de que asir para atormentar su purísima conciencia, y á trueque de turbarle la paz, le traía mil desatinos.

Esto dice el P. Cepari: el cual acababa de celebrar, cuando el santo enfermo pareció andar con los ojos buscando ansioso á alguno. Reparó en ello el P. Piccolomini, y le dijo:—*Hermano, ¿á quién quiere?*—*Al P. Rector*, respondió. No tardó el P. Cepari; en viéndole el santo obediente, con vivas demostraciones de alegría dióle á entender cuánto consuelo sentía por haber obedecido á su deseo.

¹ Proc. rom., páginas 521-578-579.

En esto llegó el doctor Filandro, y al contemplarle la cabeza despejada y la voz entera y libre, entendió que no moriría hasta la tarde. *Pero quiso Dios, añade el joven Radkai, verificar la profecía de Juan, que con palabras terminantes había anunciado que su muerte sería en la mañana del 13, y así desbarató y dejó burlados los pareceres todos. Porque cuando hubo salido el médico, al ver muy cerca el estrecho paso de la muerte, suplicó que le rezasen la Letanía de la Virgen, y respondía él ora pro me con tanta entereza, que habiendo el Padre que la rezaba trabucado los títulos una ó dos veces, á causa del sobresalto, él le corrigió en alta voz*¹. El que guiaba el rezo era el mismo P. Piccolomini. Acabada la Letanía de la Virgen, quiso que leyesen la lista de los santos de mes, y él ayudaba y respondía con mucho sosiego y afecto á las invocaciones, y aunque á veces se le entorpecía la lengua, pero se esforzaba hasta que conseguía articular distintamente. En la Letanía de la Virgen, fué cosa que enterneció á todos los presentes oírle pronunciar los atributos *Santa virgo virginum, Mater castissima, Regina virginum*, vuelto á la imagen de María con profunda reverencia, como si quisiera dar por última vez á su soberana Madre las gracias por el perfectísimo don de virginidad que le había concedido².

Eran ya las ocho del 13 cuando con amabilísima paz y dulcísimo sosiego comenzó á recogerse y actuarse en afectos interiores, y á repetir claramente: *Jesús, María; Jesús, María*. A cada suspiro los circunstantes, que no le quitaban la vista, sentían levantarse los corazones en presencia de

¹ Proc. rom., pág. 493.

² Proc. rom., páginas 555-580.

aquel semblante bañado de resplandor y sosiego beatífico.

Al paso que se le iba enronqueciendo la voz, se adelgazaba el sonido y hacíase más penetrante; pero en el trémulo menear de los labios dibujábase todavía: *¡Jesús, María; Jesús, María!* Finalmente, á las ocho y ocho minutos quedó sin ningún movimiento. Tenía puestas sobre las rodillas las manos, en las manos el Cristo, las reglas y el rosario, y la vista blandamente descansaba en sus tres queridas prendas. Estando en esta postura inmóvil, en tanto que los presentes enternecidos derramaban piadosas lágrimas, se fué muriendo despacio la lumbre de sus ojos, hasta que le tomó el plácido sueño de los escogidos, y levantó su espíritu á las celestes moradas á solemnizar con los ángeles los triunfos de su gloriosa Madre.

Falleció á 13 de Agosto de 1621, á los veintidós años y cinco meses de edad, y cinco de religión.

